



**Dossier: V Simposio Internacional de  
Literatura: los viajes que  
Gulliver olvidó**





# Los viajes que

Joaquín Peña Gutiérrez\*

Es verosímil que estas observaciones  
hayan sido enunciadas alguna vez y,  
quizá, muchas veces; la discusión  
de su novedad me interesa menos  
que la de su posible verdad.  
J. L. Borges

---

\*. Docente Departamento de Humanidades y Letras, Universidad Central.



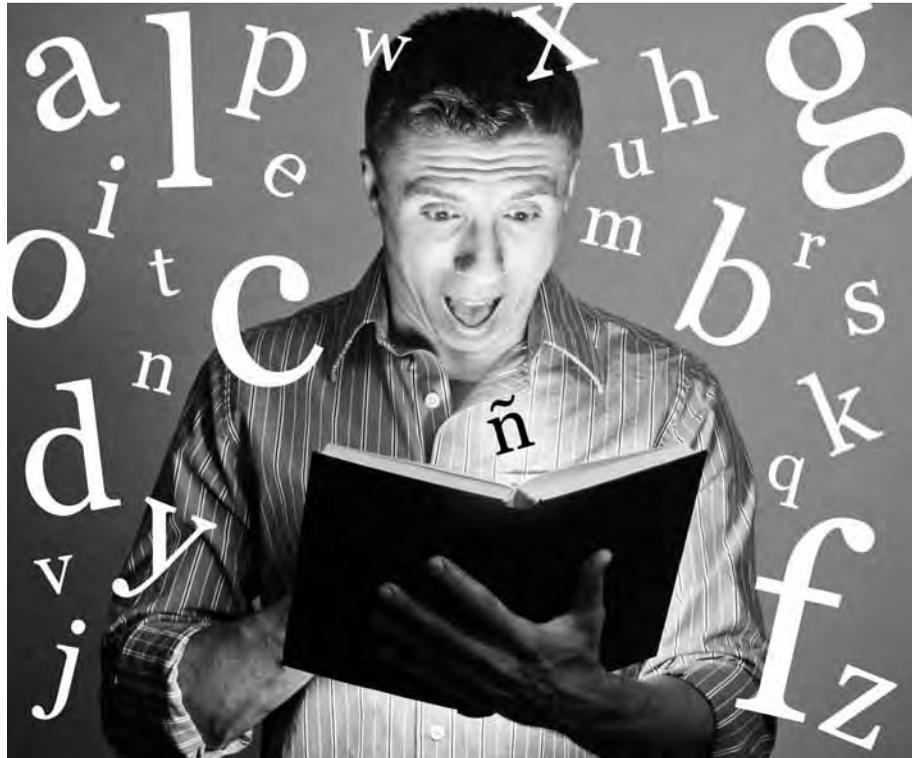
# Gulliver olvidó

## Entrada

**L**as personas que arriman a los 50 años y todavía más quienes estén por arriba de esa cifra, deben recordar que los niños y adolescentes, en relación con el vestido, los libros y otros enseres, la norma comandante no era la de estrenar. Sí, la de terminar la camisa, los zapatos, el pocillo –eterno– que el hermano mayor, primos, parientes y hasta conocidos dejaron “enterito”, según la palabra decisiva de la madre. La sucesión de prendas y otros elementos de uso inmediato era, entonces, común. A nadie se le ocurría protestar por ponerse algo usado y menos porque ese algo no fuera de marca.

Valga decir, las cosas reservaban su naturaleza de cosas frente a la naturaleza superior y determinante de los humanos. Valga decir, las cosas cumplían con su función subsidiaria (de servirle al hombre). Aún no habían usurpado la función identificadora de las personas.

Hoy, se sabe, de hermano a hermano, no se hereda nada, así la muda esté “enterita”. En el lapso de un nacimiento y el siguiente desaparecen mitones, saquitos, teteros, chupos, coches, mantas, calzado. Las mamás, aun las de estratos bajos, no saben lo que es lavar un pañal (yo, todavía, en las cercanías del amanecer, me cubro la cabeza con un “dulceabrigo” de mi hija mayor).



La materialización de lo transitorio extendió su mando sobre todo el mundo no de la mano de la salud, ni, sobre todo, de la comodidad, sino del comercio. Con nombre sencillo eso se llama la instauración dictatorial de la sociedad de consumo; uno de sus corolarios fundamentales consiste en la materialización de lo desechable, de la fugacidad, de lo percedero, de lo suprimible, para las cosas; y para todo, incluidas tradición e ideas. No se hable de las personas. Éstas ya no mandan desde su ser, entre otras cosas, debido a que ignoran qué son, precisamente, por “el chirito” que usan o que las usa; que las presenta y representa. La prenda, la cosa, pasó a determinar la naturaleza de las personas.

¿A qué horas sucedió esto? Ahorita. En nuestras propias narices con actuación y beneplácito de nosotros mismos, pues, ¿quién puede negar que esta sociedad aporta comodidad nunca vista antes? Se encuentra de todo

y para todos. Sin ir tan lejos, ¿no es más cómodo y seguro cargar el pan en una bolsa plástica en lugar de cargarlo en la maldita chuspa de papel que se rasgaba regando el pan por el piso? Que es antiecológico y a ese paso precipitamos la muerte del planeta. ¿Y qué? ¿A quién le importa? Para nosotros la Tierra aguanta todavía lo suficiente. Esa misma sociedad ha enseñado el más audaz individualismo tanto como otros escudos decisivos. “Ya se encontrará una solución. Por ahora, el único momento que existe es este presente. ¡Vívase!” No existe momento de la historia que no genere e imponga su filosofía. Así sea deplorable y criminal. Ya se verá. La aplanadora ciega y muy lúcida del capital no puede parar.

## La literatura infantil-juvenil

Se preguntará, en qué se relaciona la exposición anterior con la literatura para niños y jóvenes. En todo.

Esa sociedad organiza las cosas tan bien y de tal manera que establece una segmentación pormenorizada de las edades de la persona en relación con las cosas que debe comprar, usar y que la deben distinguir. (O confundir a la gran masa, aunque siempre se hable de ser distintos, diferentes. Hay hasta tiendas de bebés. Los ideólogos de la producción fabril segmentan a la gente para que consuma desde el momento previo al engendramiento hasta después, mucho después de la cremación de sus restos).

Otros ideólogos no tan distintos segmentan a la sociedad para el consumo no material. Por ejemplo, el cine y la literatura. ¿En cuántas franjas por edades una editorial dividió a los chicos en uno de los últimos concursos de literatura infantil y juvenil del país? Hasta la psicología genética del buenazo de Jean Piaget entra a bailar aquí.

La literatura juvenil, entonces, se inscribe en ese ordenamiento y segmentación –fragmentación entre funcional para todos–, empresas editoriales, perverso sistema educativo (chicos, profesores, padres de familia) también para todos, aunque los dueños ganen más.

¿Cómo explicar que antes había menor desarrollo, menos recursos, menos publicaciones, menos “oferta” pero más libertad?

Antes los niños y los jóvenes no se ahorran el “dolor de cabeza” de buscar y tomar una decisión, aun con la escasa luz del papá que insistía en que ese libro un poco grueso –*El Quijote*– no tenía pierda. Escójalo,

**¿A qué horas sucedió esto?  
Ahorita. En nuestras propias  
narices con actuación y  
beneplácito de nosotros  
mismos, pues ¿quién puede  
negar que esta sociedad  
aporta la comodidad nunca  
vista antes?**

## ¿Cómo se resolvía el asunto de la lectura de literatura? Como se ha resuelto siempre, si bien con variaciones significativas de tiempo, cultura y condición social.

hijo. Ahora alguien ha elegido por ellos. Los comerciantes, los psicólogos, los pedagogos. (A propósito, ¿quedan pedagogos o sólo profesores, empleados, que no quieren saber nada de “semejante plaga”, conforme muy “constructivamente” algunos docentes, sin ironía amorosa, llaman a sus estudiantes?).

Borges, en la primera clase de un curso sobre literatura gringa en que trató de Nathaniel Hawthorne, afirma que gracias a que en aquel tiempo no existía la literatura infantil, dicho autor, a sus seis años, ya había leído *Pilgrim's progress*. No dice a qué edad, pero ya hasta había comprado con su plata *The Fairie Queen*, “dos alegorías”<sup>1</sup>. La afirmación es válida para el mismo Borges quien a la misma edad ya había despachado *El Quijote* y algunos otros volúmenes de la biblioteca de su padre (de la que nunca podría salir). Lo anterior también es legítimo para sor Juana Inés

de la Cruz<sup>2</sup>, quien a los 15 ó 16 años, en plena adolescencia, es decir, en edad de merecer unos cuantos libros de literatura juvenil después de haber agotado otros tantos de literatura infantil, ya había barrido con la biblioteca de la virreina y se aprontaba a saquear los volúmenes que hubiera en el Convento, que no a otra cosa se arrimaba por esos santos lugares: allí estaban los libros; allí estaba el saber; allí estaba, en aquellos tiempos coloniales de 1600, el poder (del conocimiento).

Si se generaliza, se puede decir que es el caso de las personas alfabetas antes de que apareciera la literatura infantil-juvenil, y aun las que siendo sus contemporáneos, lograron escapar de ella (para decirlo en términos un tanto feos) o que, por razones de marginalidad y de atraso económico, social, cultural y educativo (del sistema educativo), no pudieron entrar en contacto con ella (para decirlo en términos positivos y también ciertos).

¿Cómo se resolvía el asunto de la lectura de literatura? Como se ha resuelto siempre, si bien con ciertas variaciones significativas de tiempo, cultura y condición social.

Desde el texto, de acuerdo con sus calidades literarias.

Desde el lector, de acuerdo con sus competencias para seguir una saga, decodificar unos símbolos, perderse y disfrutar ante lo desconocido, sospechar

- 
1. Borges, Jorge Luis, *Ficcionario. Una antología de sus textos*, edición, introducción, prólogo y notas de Emir Rodríguez Monegal. Segunda reimpression. México: Fondo de Cultura Económica. 1997. p. 279. Col.: Tierra firme.
  2. Véase, entre otros, Octavio Paz. *Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe*. México: Fondo de Cultura Económica.

que esa irrealidad o esa otra realidad que le presentan las palabras, lo incluye; que le guste, que lo apasione así no sepa por qué; así no entienda del todo; así no entienda; así no sepa que sólo lo guía la aventura, la trama, la peripecia; así no sospeche siquiera que Ulises no busca un regreso, sino que traza la parábola que, ya lo comprenderá, deben trazar los hombres para buscarse, encontrarse a sí mismos y llegar a ser. El chico y el joven bien puede quedarse con la aventura con el cíclope, Calipso, Circe, sin sospechar, como de hecho acontece con lectores adultos, que allí se está fundando la naturaleza de la civilización y la barbarie; el amor y la pasión. ¿Y qué si un lector preadulto ya descubre dichos secretos más o menos encubiertos? Mejor. Habrá avanzado sobre otros humanos en el camino que conduce al descubrimiento del corazón humano que, en últimas, es el gran tesoro que nos ofrece, quemante y resplandeciente, la literatura.

También mantiene, desde luego, temas. La vida, la muerte, la angustia, el odio, la despedida, el crecimiento, el tiempo, el amor, la dificultad de la convivencia, etc. Mantiene los temas que creó el mito para sostener la vida de la historia de la humanidad. O que la historia de la humanidad convirtió en mitos para ayudarse a vivir.

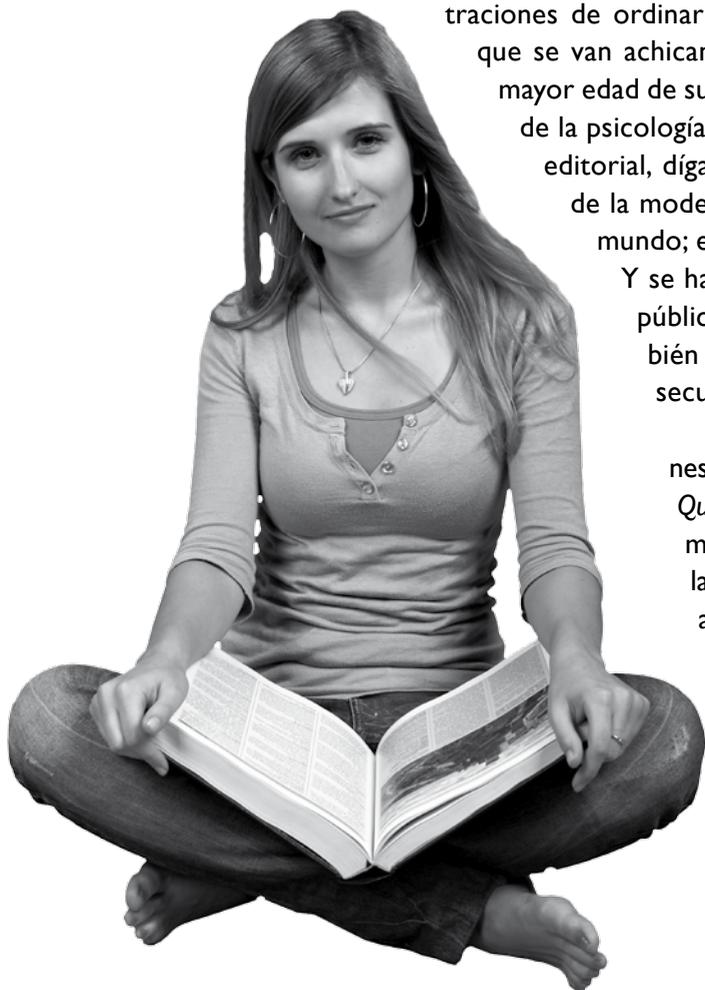
¿Por qué las obras clásicas se convierten en las primeras obras infantiles una vez que han sufrido desmembraciones, simplificaciones y se presentan en grandes cuadernos con letra grande e ilustraciones de ordinario más grandes que el texto y

que se van achicando en correspondencia con la mayor edad de sus destinatarios? Los desarrollos

de la psicología, de la pedagogía, de la industria editorial, dígame, los desarrollos pertinentes de la modernidad han hecho su trabajo. El mundo; ese mundo también se organiza.

Y se hace rentable. Imagínese ya no el público estudiantil universitario; también el de la educación primaria y secundaria que compra.

De ordinario, esas adaptaciones de obras clásicas —*Iliada*, *Odisea*, *Quijote*, *Gulliver*, *Robinson*, etc. —, ¿qué mantienen en la adaptación de la obra original? La aventura, las anécdotas llamativas por vistosas, extrañas, inusuales o muy usuales, imaginativas, desconocidas; lo constructivo, lo moral; porque se concluye que el episodio adaptado presenta una ética que defiende la vida.



De ordinario, esas adaptaciones de obras clásicas, ¿qué suavizan o hacen desaparecer en la adaptación de la obra original? Todo aquello que el adaptador junto con los editores consideran que le pertenece al mundo del adulto y/o que es duro e inconveniente a la estatura biológica y, sobre todo, psíquica del chico y, después, apenas un tanto después, al adolescente. (Sexo, matanzas explícitas entre humanos, desarrollos políticos que superen la dicotomía de bien-mal, la desgracia de ser adultos o la felicidad de serlo, el sentido de realidad real, lo sucio de la vida, etc.)

Después o con carácter casi simultáneo, ¿qué aconteció? Llegaron, aquí están, los escritores de literatura infantil y juvenil. Aquí están. Recién llegados. Estos son. Apenas dos o tres generaciones, con obras tan deleznable y con obras tan buenas, pues esta esfera es la misma esfera de la otra esfera; la de la literatura a secas. Su insignia es la misma. Primero se escribe y se es una obra literaria. Después vienen las taxonomías y se discute sobre ellas para, entre otros eventos, organizar simposios.

Frente a las previsible estandarizaciones bajo el rasero de la estupidez, de la elementalidad insustancial para tarados, o de la medianía, como en las literaturas de siempre, en el presente de esa contradicción tan fabulosa que crea la modernidad como enseña propia, se levantan



obras poderosamente literarias, léase ricas, reveladoras de los hilos de la existencia humana y del mundo, creativas, imaginativas, que resisten y desatascan los procesos implícitos de las estandarización que tratan de imponer todos los sistemas.

Ese debate, de momento, sobrepasa la capacidad de estas consideraciones. Con la provisionalidad del instante, lo delega al *V Simposio Internacional de Literatura Juvenil Los viajes que Gulliver olvidó*. Sí. Aquellos viajes que Gulliver olvidó pues los dejó, a voluntad de tiempo y vida, para que fueran realizados por los viajeros, los imaginadores del futuro. Este futuro-presente que nos corresponde a nosotros. Hoy. ■

## Referencias

BORGES, JORGE LUIS, *Ficcionario. Una antología de sus textos*, edición, introducción, prólogo y notas de Emir Rodríguez Monegal. Segunda reimpresión. México: Fondo de Cultura Económica. 1997. Col.: Tierra firme.

PAZ, OCTAVIO, *Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe*. México: Fondo de Cultura Económica.

